CLIMA INTERIOR

Juan Norberto Lerma

Juan Norberto Lerma

I

Nuestro pueblo va a desaparecer. Zenitra será borrado, deslavado como una mancha de suciedad. La lluvia continúa. Para detenerla tendríamos que dejar de ser un pueblo apático y encontrar el equilibrio de todas las cosas. Llueve, llueve desde hace mucho tiempo; nadie sabe ya cuántos somos. Quizá tres calles, un puñado de casuchas con un número incierto de habitantes.

Vivimos apartados y somos viejos. La lluvia cae y se cuela por las grietas de los techos. No sabemos si es posible lograr el equilibrio ni si esa búsqueda sea sólo un pretexto para justificar el resto de nuestra existencia. Todas esas ideas estúpidas surgieron en los primeros años de la lluvia.

A veces escucho el alarido de algún habitante, tengo la seguridad de que es arrastrado por la corriente, pero no hago nada, nadie puede hacer nada. El agua golpea las puertas y los muros, y cada vez quedamos menos.

El ganado se fue hace muchos años o está muerto; se ahogaron los granos, se pudrieron las frutas, las aves de corral y nuestros lamentos. Ya nadie se queja. Yo estoy como muerto, mirando a diario la corriente de agua y lodo que baja serpenteando desde la montaña, la veo azotar las casas y perderse en un horizonte de agua.

El pueblo está podrido, la tierra ya no huele a raíces dulces ni a mujer recién bañada; huele a despojos, a nuestros miasmas.

II

¿A quién se le habrá ocurrido lo del clima?

Tal vez éramos un pueblo demasiado próspero para pasar por alto tales tonterías. Alguien soltó la especie aquella de que el estado anímico de un buen número de habitantes podría modificar el clima.

No faltó quien lo tomara a broma, diciendo que con los enojos del cura podrían aparecer nubes de demonios y llovernos fuego, o que con el gusto por las francachelas de nuestros alcaldes tendríamos temperaturas elevadas durante años. Desconocemos quién hizo la correspondencia alegría-sol, tristeza-niebla, etcétera. El caso es que por boca de muchos se propagó esa tabla mística, lo mismo que la anterior especie. Lo cierto es que esa relación, al parecer vaga, resultó verdadera.

Nadie lo creyó, por supuesto, y ahí empezó la desgracia de Zenitra. ¿Por qué si nadie lo creía